



POR HECTOR LEIVA OYARZUN.—

LA NOTA DE HOY.—

A 24 AÑOS DE LA MUERTE DE GABRIELA MISTRAL.

Gabriela Mistral murió el 10 de enero de 1957 en el cuarto N° 420 del Hempstead Hospital de Nueva York. Se señala que, con su natural reserva y modestia, nunca reveló a los médicos del hospital que era escritora y, ni menos, que había recibido el Premio Nobel de Literatura. Sólo poco antes de morir, el doctor Alfred Vogel, quien fue también médico de Sigmund Freud, supo la verdad.

Por su parte, el doctor Martin Goldfarb, a quien el doctor Vogel encargó la paciente cuando ella ya no se sentía capaz de soportar el ajetreo que significaba ir y venir de Rosslyn, en los suburbios de Long Island, a la parte central de Nueva York, ha contado que ha quedado sorprendido de la resistencia y vigor de la ilustre escritora.

Es conocida la sobriedad y sencillez con que siempre vivió Gabriela. Cuando fue profesora o Directora de nuestros Liceos, no frecuentó fiestas sociales, sin ser, sin embargo, enemiga de que la juventud tuviese honestos esparcimientos.

No ansió la fama ni la riqueza.

Cuando el Gobierno de México le ofreció una enorme hacienda con casas, tierras, etc., Gabriela, con el desprendimiento de que siempre

dio muestras agradeció pero no aceptó el regalo. No estimó justa que ella recibiese tal galardón cuando había miles de niños y de escritores en ese país que por falta de medios materiales llevaban una vida difícil.

No quiso romper nunca con su pasado modesto. Vivió siempre con la máxima sobriedad. El dinero que obtuvo del Premio Nobel, fuera de adquirir una modesta casa en el pueblo de Monrovia, en California, lo invirtió en ayudar a centenares de amigos y amigas que lo necesitaban. El Premio Nacional de Literatura de Chile, lo repartió entre los niños pobres de Montegrande, en el Valle de Elqui. Gabriela, en síntesis, nació modestamente y nunca quiso ser otra cosa que una mujer digna y modesta. Jamás se dio aires de gran dama, ni nunca desprecio o trató a nadie con des cortesía por considerarlo in-

terior, económicamente. Lo único que no aceptó jamás fue la cercanía de algunos pobres de espíritu, que alguna vez quisieron hacerla salir de este ritmo de vida grato y quieto.

Antes de sumirse en el sepr final, sus últimas palabras fueron: "Triunfo, triunfo". Posteriormente, por espacio de siete días, se mantuvo en el Hospital de Hempstead, en estado de coma. Allí lo visitaron muchos chilenos y fueron miles las ansiadas llamadas telefónicas que se recibieron de todo el mundo inquiriendo por su salud.

Sus restos, colgados en un féretro blanco, de agreste sencillez, con aplicaciones de bronce y forrado de seda blanca fueron colocados entre dos grandes candelabros. Gabriela tenía en sus manos una cruz de plata y el retrato de su madre. El féretro media dos mts. de largo por setenta de ancho y en la

parte superior tenía un cristal irrompible que permitía ver su rostro sereno y apacible. A la cabecera del ataúd se levantaba una gruesa cruz de madera.

Las últimas personas que estuvieron con ella antes de su deceso fueron su amiga y secretaria Doris Dana, y la señora María Paige. El fallecimiento se produjo después que los médicos abandonaron toda esperanza, pero el corazón de Gabriela resistió muchas más horas que las calculadas por los facultativos. En el momento de morir había sobre el velador, junto a su lecho, una bandera chilena envolviendo la imagen de la Virgen del Carmen.

Pocos meses después, por orden del Gobierno chileno, sus restos viajaron a Chile, y descansan ahora, definitivamente, en su Valle de Elqui, al que tanto amó.



"En esta obra hay personajes públicos reconocibles".
[artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"En esta obra hay personajes públicos reconocibles". [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)